

LA MODESTA AVENTURA

Y si ganase la izquierda? En la última semana, sin saber por qué, sin una nueva auscultación en la que apoyarse, ha comenzado a extenderse la idea de que los partidos de la izquierda podrían llegar a tener, unos con otros, una mayoría de votos en el país. Probablemente es un reflejo de la campaña. La izquierda, dentro de la pobreza a que está forzada, la está llevando con más brío y con más resultado. Santiago Carrillo es un buen orador de mitin, un excelente orador de mitin; Tamames aporta un conocimiento y una convicción que impresionan. El papel del profesor Tierno Galván sube: lejos del tonillo del mitin, eleva siempre los temas, profundiza en ellos. La imagen y la palabra de Felipe González percuten: se le ha venido a hacer una contrafigura de Suárez, y la mejora. Hay una profunda curiosidad en el país por conocer de cerca a estos hombres clandestinos, perseguidos, a veces rocambolescos o folletinescos: hay como un morbo en aproximarse a ellos y ver que son "personas normales". Las convocatorias de la izquierda atraen. Sus mítines se pueblan. Los militantes son numerosos, valientes, activos.

EN cambio, la derecha se desfonda. La extrema se muestra apasionada y dura en un país que tiene una inconfundible tendencia a la moderación y a que "no pase nada". La perjudica incluso la creación de opinión pública del régimen que ahora quiere defender: en los últimos años, el régimen español fue gris, discreto, silencioso, ordenado; y creó en torno suyo una opinión pública de ese carácter, a la que ahora asusta cualquier destemplanza. En cuanto a Alianza Popular, entre Fraga y Torcuato Luca de Tena están arruinando su imagen, y por razones similares. Alianza podía haber sido la continuadora de esa última etapa del régimen, como los otros grupos querrían serlo de la primera; pero se apasiona, se excede, combate molinos de viento. A pesar de su leyenda antigua y de su inanidad presente, Arias Navarro hubiera podido llenar mejor ese hueco de continuación del régimen cuando el régimen se sosegó: pero su imagen no llega. La Democracia Cristiana, a pesar del talento po-

lítico de sus principales prohombres —Gil-Robles, Ruiz-Giménez— y de su experiencia, "no llega".

Y se habla del hundimiento de la imagen de Suárez. Relativo, naturalmente. Se dice que Suárez ha confiado demasiado en que las elecciones se ganaran fuera de la campaña propiamente dicha, "a golpes de Boletín Oficial del Estado", según frase de un editorial de "El País". Se ha distanciado demasiado, para procurar la sensación de "neutralidad" que prometió. Sus compañeros de candidatura y de Unión, aun teniendo dotes políticas de primer orden, no brillan. Se ve que este Centro, de no haber sido por la aportación de protagonista del señor Suárez, se hubiese quedado muy atrás en la campaña y en las urnas. Su campaña es opaca.

TODO esto es enormemente superficial. Pero, ¿puede considerarse de otra manera, puede comentarse otra cosa de esta campaña electoral? Se está llevando a base de frases publicitarias y de rostros de personas. Se "vende" el futuro del país con la misma técnica con que se "vende" una marca comercial. Los "slogans" no los hacen los políticos, sino los técnicos, los profesionales. No proceden de un gran fondo ideológico, de una concepción de la sociedad, aunque estén subyacentes. Se apoyan en ciertas formas del culto a la personalidad. Canciones, biografías, discos, estampas, colorines... No es España una excepción: se hace así en el mundo de la democracia. Pero no sólo se hace eso. Se hace mucho más. La superficie está en esos países, o en los más reflexivos de entre ellos, sustentada por un fondo. Aquí, por ahora,



parece que es el fondo el que debe nutrirse de esta superficie abigarrada.

LA izquierda general está ganando la campaña. Ello no quiere decir, sin embargo, que vaya a ganar las elecciones. A la hora de votar, cada ciudadano siente o sentirá sobre sí una serie de pesos y de llamadas de conciencia. Las cuales tampoco están suficientemente claras. Cada una vota según su clase, se dice: pero en España no hay una conciencia de clase, y hay hasta como una huida de cada clase en estos momentos. Nadie quiere definirse como proletario, nadie acepta que le llamen burgués, nadie está conforme con pertenecer a la clase media. Se vota según razones —también— de viejas corrientes históricas que le atraviesan a uno, quiera o no quiera. Se vota por miedo. A veces, por un miedo directo, sobre todo en la España rural, en los pueblos caciqueados, donde cada uno piensa todavía que su papeleta es transparente y puede pesar en su vida. Hay un gran miedo en España, y con razón. Se vota también por el otro miedo, por el gran miedo histórico a romper demasiado, a cambiar bruscamente; a que un resultado demasiado brusco tuviera una respuesta demasiado brusca. Todo ello no va a ayudar a que las urnas reflejen exactamente el reparto de la verdadera opinión pública en España. Puede temerse ya —se puede estar seguro— de que las nuevas Cortes no van a representar más que tendencias de opinión, pero no realidades concretas.

ESTE miedo histórico al cambio brusco y a la respuesta brusca puede pesar más que nada en el resultado electoral. Ya ha impedido —aunque sea sólo uno de los factores— ciertas alianzas en los partidos de la izquierda; ya ha obligado a moderar sus programas políticos. Se ha estado repitiendo en las últimas semanas la posibilidad de que las elecciones llegasen a suprimirse o a aplazarse, bien por el mismo Gobierno, bien por un cambio repentino. Estamos asistiendo a toda clase de violencias de provocación para conseguir esa suspensión, temporal o definitiva, y una especie de restauración del orden que se liquida y desaparece. Podría creerse en estos momentos, y aunque todavía faltan quizá más violencias y más provocaciones, que pueden llegar a un "climax" en la víspera electoral, que el punto de mayor gravedad se ha pasado. Surge ahora una nueva corriente de rumores: que serán los resultados, si gana la izquierda, los que provoquen la respuesta. Si incluso los grupos antidemocráticos están ya apoyando ese pronóstico de una izquierda vencedora,



es porque atizan así la vieja ascua que no ha dejado de arder.

PERO, ¿puede ganar la izquierda? Tal como están planteadas las cosas, la izquierda podría llegar a tener un voto mayoritario y no por ello formaría un bloque amplio en el Congreso y en el Senado: sus grupos siguen estando divididos. Ese voto, sin embargo, sería bastante como para crear preocupaciones a los grandes estamentos que conservan el poder. Lo que están más o menos aceptando, lo aceptan porque estiman que puede muy bien ganar el candidato Adolfo Suárez con la coalición preparada por él, la de la Unión del Centro Democrático, y que esa coalición gubernamental puede mantener un "continuismo invisible". La idea de que para sostenerse con amplitud llegue a introducir en su Gobierno elementos tomados de la izquierda —y se habla con insistencia del profesor Tierno Galván, el cual, por su parte, no repudia la idea; se habla incluso de Felipe González, de quien se dice que aceptaría por el mismo espíritu con que su lejano antecesor Largo Caballero participó en la forma de gobierno que le ofreció el general Primo de Rivera— para hacer una especie de apertura centro-izquierda al antiguo estilo italiano. Pero se habla también de la coalición contraria. De donde viene el episodio de una supuesta entrevista entre el señor Suárez y el señor Fraga en el despacho de don Leopoldo Calvo-Sotelo, suficientemente desmentida por éste como para no considerarla; aunque se pueda seguir contemplando la posibilidad de que haya habido otros u otros contactos, a ese o a otros niveles. La campaña fe-

rozmente desatada contra Suárez por la Alianza y por la derecha en general no sería obstáculo, después de las elecciones, para ese tipo de pacto.

DON Adolfo Suárez está en estos últimos momentos tratando de responder a la imagen perdida, queriendo sobreponerse a la dejadez de la campaña electoral. El amplio reportaje y la portada del dominical de "El País" no son probablemente ajenos a ese esfuerzo. Son de una gran ayuda. Entre las cosas que se dicen —el se es irritante, es una maldición de esta profesión, pero sigue siendo imprescindible en una España ambigua y desinformada, con miedo a las declaraciones expresas, con oscuridad en las definiciones: y con razón, porque cada persona pública lleva más de una persona dentro y aspira a ser universal— está la idea de que la campaña desde el poder se va a enfocar más a luchar contra la izquierda, y concretamente contra el Partido Socialista, en estos días, que contra una derecha que no tiene fuerza electoral, pero que tiene dos posibilidades importantes: o la de aceptar una colaboración bajo ciertas condiciones, o la de "desestabilizar" la situación.

EN las vísperas electorales, aunque la campaña la sigue ganando la izquierda y pueda ser factor de mudanza de algunos votos, el pronóstico más válido es el de que la derecha-centro de Adolfo Suárez va a obtener una mayoría que tal vez no sea absoluta (lo que ha desaparecido es la idea de "arrollar" que se sostenía desde el principio), pero sí lo suficiente como para que vuelva a aceptar el cargo de presidente del Gobierno sin demasiado escándalo público; que tal vez gobierne solo, pero que tal vez acepte algún miembro de la oposición de derechas, y si le es posible alguno de la derecha y alguno de la izquierda (¿Tierno?) para dar un semblante de coalición nacional que pueda, con las Cortes, emprender una modesta reforma constitucional; que tratará de evitar por todos los medios a su alcance —y van a ser muchos— que las Cortes sean disueltas antes de su tiempo; que el Partido Socialista puede ser el más numeroso —en tanto que partido— del Congreso, que el PSP va a tener algunos diputados más de los que se pensaba y que el PCE va a tener voces muy importantes en las Cortes. Y que el Senado puede estar transido de liberalismo, en lugar de ser el elemento conservador con que se contaba. Es decir, que la aventura democrática va a ser modesta, pero con importancia para el futuro, si la reforma no viene a morir tras el 15 de junio. ■